

“Miguel Espinosa”

*Reflexiones en voz alta de Mercedes Rodríguez sobre el escritor*

La Gaceta Sinfín, Diario *La Opinión*, 26 de marzo de 1999

*El próximo día 1 se cumplen 17 años de la muerte del gran escritor Miguel Espinosa. Con este motivo (aunque no sería necesario pretexto alguno) esta semana iniciamos la publicación de una serie de textos de Mercedes Rodríguez, la Azenaia de “Escuela de Mandarines”, realmente excepcionales. Salvo otro texto publicado hace años en la revista “Diario de la lengua”, Mercedes no había reflexionado públicamente sobre el escritor y su larga e intensa relación con él, desde que lo conociera en Murcia, en el café Santos, a mediados de los 50, cuando era una joven estudiante. En semanas venideras ofreceremos también una larga entrevista con ella sobre esta misma relación.*

*El texto que hoy ofrecemos en su primera parte (debido a su extensión) y que completaremos la semana próxima, fue una conferencia dada en el Ateneo madrileño por Mercedes Rodríguez el pasado año, y permanecía hasta ahora inédito. Sobre su enorme interés no diremos nada, pues lo apreciará el propio lector interesado en la obra de Espinosa. Sí cabe subrayar que en él Mercedes desvela un hasta ahora no hecho público talento literario. En esta entrega Mercedes aclara su propia posición, pero siempre en relación con Espinosa.*

Autoridades y demás entes de razón: Acaban de oír la presentación, convencional por lisonjera, que han hecho de mi persona. Yo me mostraré más sincera en cuanto a mi propio valer, aunque temo hacer tal, pues imagino que ustedes soportan pacientes, por habituados, el ritual de presentaciones.

Hace varios meses me invitaron, sin que yo sepa dar razón de tal rareza, a conferenciar sobre el escritor Miguel Espinosa, en este prestigiado recinto. Junto a la invitación, solicitaron de mí que enviara el título de la conferencia, un esbozo somero sobre el contenido de la misma, y algo acerca de mi mérito para tal cometido. Divertida y asustada, envié a la Secretaría de este Ateneo el siguiente texto:

1. Me propongo una exposición configurada por reflexiones, asistemáticas, acerca de la vida y obra del autor, dado que mi texto se basará fundamentalmente en aportes de la memoria buceando sobre los casi treinta años de amistad peculiar con el autor objeto de la conferencia.

2. No hablaré en calidad de experta (soy licenciada en Químicas) sobre la materia soporte de mi charla, que habría de tocar, por fuerza, campos incursos en el pensamiento admitido como literario o filosófico, no propios de mi formación.

Digamos que nací adicta a la reflexión, tal adicción me acercó al escritor Miguel Espinosa, quien gustaba decir de sí mismo, en claro guiño D'Orsiano, "soy especialista en ideas generales". Como del Sr. Espinosa, personaje y autor, se han escrito un buen número de páginas, sí hago apelación a citas ajenas, serán más como referencia a la vida que a la obra del autor; lo creo más consecuente con mi disposición mental. No es imposible que alguna referencia personalizada resulte polémica, pero nunca hasta el extremo de dañar el ganado prestigio de la institución que, en la ocasión, asistirá mi palabra.

3. Sé por experiencia que cualquier texto largo, así bello y sutil que resultare, aburre a los asistentes de cualquier acto cultural, por lo cual me limitaré a una exposición que dure veinte o treinta minutos, si las personas a quienes corresponda decidir sobre tal extremo, me dan, para ello, libertad.

Nada supe ya de esta institución hasta que, hace poco, me instruyeron sobre la fecha de mi charla. Y aquí estoy.

Sí, quiero –y lo quiero- que ustedes me miren como yo me veo, esto es lo que han de observar: una "maruja", es decir, alguien que, en definición aproximada del escritor Pombo, no trabaja por cuenta ajena, ni ingresa, por la propia, salario alguno. Aceptados los valores dominantes para todos los grupos de presión, pilares de la sociedad actual – pues ellos y sólo ellos determinan qué valores debemos profesar- una "maruja" encarna la mediocridad y como tal habla. Les ruego, no obstante, que sean piadosos con la parla mediocre, ya que ustedes, acostumbrados al juicio de ilustrados, pueden encontrar esto novedosos y, en tal sentido, objeto de reflexión.

Creo recordar que el señor Goethe (genial para sí mismo y la posteridad) escribió (sin duda en un instante poético/depresivo) más o menos, este fragmento que extraigo de su

“Elegía en Marienbad”: “Yo sólo soy un caminante, una vaga sombra por la vida, pero, y vosotros, ¿sois algo más?”. Me amparo, pues, ahora en la ambigüedad goethiana, no por arrogancia, sino por miedo a mal expresarme ante quien me sobrepasa.

Pero...en verdad, en verdad le digo que lo que creo encarnar es la tragedia tal y como la define M. Espinosa, el escritor que nos reúne. Estas son sus palabras: “La tragedia resulta de la contradicción entre la necesidad y la casualidad: la colisión entre ambas, la contradicción misma, se llama Hado o Fatalidad. Por necesidad tenía Edipo que reverenciar a su padre, y por casualidad hubo de matarlo”.

Y bien, siendo como es mi naturaleza, por necesidad debí yo amar el talento creador y por casualidad carecer del mismo. Por necesidad había yo de amar al hombre deslumbrante y por casualidad nunca tal amor devino hecho.

Como ven, una maruja puede encarnar la tragedia y donde la tragedia tiene asiento no queda espacio a la mediocridad, que se elige, y por tanto es sólo imputable a los que tiene poder de elección.

Hechas tales consideraciones, debería entrar en materia, pero caótica como soy, permitan que las dichas consideraciones formen parte de la materia misma, porque, ahora caigo en la cuenta, si prolongo el connotado texto del señor Espinosa, el autor se explica.

¿Cómo querría ser heterodoxo el hombre que humildemente realiza su destino? Al citado ejemplo de Edipo con el que ilustra su definición de tragedia añade el escritor lo que le concierne: “Por necesidad, dice, soy griego y por casualidad no lo soy. He aquí la tragedia”. Tal vez esta recíproca trágica encarnación, en naturalezas tan disímiles como las nuestras, desplegó el cañamazo de una relación densa, de amor que no de amantes, nacida mediando los cincuenta y rota con la muerte del escritor en el año ochenta y dos.

Habitamos poco tiempo las mismas ciudades, por lo que una amplia correspondencia e incontables llamadas telefónicas, cuya respuesta me exigía en términos y modos de amo, casi siempre contestadas aunque no siempre a su complacencia, nutrieron tan atípica relación.

El número 2 de la revista “Diálogo de la Lengua” contiene lo único por mí escrito en memoria de Miguel Espinosa; allí explico cómo lo conocí. Pero reafirmo –porque nadie

más ha hecho completa referencia- que Miguel quiso inmortalizarme, por lo que respecta a los libros publicados, en los personajes siguientes:

-La Azenaia de *Escuela de Mandarines*.

-La Egle y Azenaia de *Asklepios*.

-La Clotilde de *La fea burguesía*.

-La Juana de *Tribada*.

Para la eticidad del escritor Espinosa, Clotilde sustancia el Mal Absoluto, y Juana el Bien Incondicional. También Egle y Azenaia son talentos absolutamente antitéticos. ¿Por qué utilizaría el autor, como soporte de modelos éticos contrarios la misma persona? Que yo sepa, la legión de expertos en su obra y los pocos elegidos orientadores de su Biografía, no se han planteado esta singularidad.

Tal vez cuando se publiquen las llamadas *Cartas morales* (también a mí dirigidas) podré alejar las sospechas de interesadas evanescencias. Pero...de momento, nada que advertir sobre lo no publicado, porque “lo que no está en el libro no está en el mundo”.

Creo que Miguel Espinosa, cuya escasa vida interior se espesa con la cercanía de su muerte existencial, sabía que Mercedes Rodríguez (no Azenaia, ni Egle, ni Clotilde, ni Juana), llevaba siempre consigo, junto a fragmentos de Menéndez Pelayo y del *Quijote*, un texto de Pablo de Tarso que me entregó, mecanografiado por él, la primera vez que fui a su despacho para conocer a su madre. Del texto, más largo y muy conocido, resumo lo que cumple a mi propósito: “El amor es sufrido, es benigno, no tiene envidia, no hace sinrazón, no se ensancha. El amor no busca lo suyo. El amor nunca deja de ser”.

El señor Espinosa sabía –aunque lo ignoró cuando le convino a su vida y a su obra, haciéndome cómplice de tal conveniencia- sabía, repito, que en mí, como san Pablo, “el amor nunca deja de ser”. Y tal certidumbre sí puede estar en el origen de las múltiples convulsas variaciones –escritas, no obstante, con parsimoniosa belleza- de ciertos pensares y sentires espinosianos.

Hablaré ahora, por más entretenido, sobre lo concreto. Es falaz que M. Espinosa no buscara el reconocimiento social ni el éxito económico. Buscando ambos dio prioridad a

la publicación del libro que se llamó entonces –contra el deseo del autor y por exigencias del editor- *Las grandes etapas de la Historia Americana*.

Obtuvo el reconocimiento intelectual, y, entre los estudiantes de la Universidad de Murcia, alumnos del que luego sería mi marido, y otras almas ganosas de saber, mereció un sonado aplauso social, pero con tan pocos entusiastas, no rozó el éxito económico. Ni Espinosa, ni mi marido, ni yo, entendimos nunca tal sinsentido. Jamás dimos con un razonamiento plausible que hiciera coherente tal carencia. Es más, hoy sólo puedo aceptarlo si pienso que el autor no formaba parte, siquiera aproximada, del status económico de quienes contaban en “Revista de Occidente”, donde se publicó la primera edición de este libro, ejemplo de síntesis histórica-cultural hecha belleza literaria.

Editando a un escritor oculto e insólito, se honraba la revista, pero intentar remediar la pobreza del escritor atendiendo sugerencias que el propio Espinosa hizo, no sólo causó escándalo, sino que le veían, en cierto modo, como “ciudadano objeto de toda sospecha”. Esto lo afirmo, básicamente, desde el sentido común, que representa para mí, con respecto al pensamiento que se nutre de palabras, un axioma. Así complejo que resultare un discurso, si desmenuzado y hecho asequible por inteligencias genuinas niega el sentido común, tal discurso es un fraude, excepto para la tribu de similares pensantes. Por lo tanto, cualquier teoría sobre el mundo que no lleve implícito el sentido común, será interesada, y sólo útil a la tribu que forman, no importa si en círculos concéntricos o excéntricos, uno de los más potentes grupos de presión social: la tribu de seres inteligentes cuya inteligencia nunca está exenta de picaresca. Ellos son los creadores de la ortodoxia y heterodoxia, conceptos dialécticos, que se retroalimentan y generan, se verifican y comparecen simultánea o sucesivamente protegidos por emolumentos nunca en quiebra. No es posible separar ortodoxos y heterodoxos por discrepancias que reciben el mismo abono. ¿Qué cosa hará, pues, que unos y otros, marginaran a seres como Espinosa, y lo hagan hoy con otros “espinosas” (no me refiero sólo a escritores o políticos) donde quiera que se guarezcan y sobrevivan? Pues ya se lo digo yo: Tal cosa es el status económico. No en vano existe una idea monstruosa y perversa incrustada en las mentes de los grupos de presión que infligen la historia a quienes la padecemos: “Es imposible –banalizan- que la inteligencia no se abra camino al menos para vivir modestamente, y más tratándose de un talento superior”. Niego rotundamente esta estupidez cruel. Lo niego con la autoridad de mis reflexiones sobre el paso por la vida de Miguel Espinosa y mi marido entre los que observo un vago

paralelismo. Ambos murieron pobres, ignorados, y sañudamente perseguidos, de modo discontinuo y asincrónico, claro, por personas en absoluto ignorantes de su inteligencia, pero gentes que, como la mosca se pasma ante la araña en cuyas redes se sabe implícita, ven con horror el peligro y la inutilidad de toda inteligencia exenta de picaresca.

Lo antedicho me hace volver a Espinosa y su relación con Tierno Galván, del que jamás fue alumno, aunque así lo afirma el Viejo Profesor en su libro *Cabos sueltos*, y sostiene el Sr. César Alonso de los Ríos a pesar de considerar la fuente, para otros datos, poco fiable. Tampoco este dato es cierto.

En sentido riguroso, no debería hablarse de Espinosa como estudiante universitario, si se tiene en cuenta su contumaz inasistencia a clase y su confesado menosprecio por terminar la carrera. Cuando le conocía, tenía dos asignaturas pendientes y de lejos olvidadas, pero como Francisco Guerrero (luego mi marido) estaba a punto de ser licenciado en Derecho, el escritor decidió terminar, lo que hubo de solicitar mediante preceptiva instancia, cuya redacción pasmó, por nunca vista, al funcionario encargado de acogerla, el cual me invitó a un café, orgulloso de amistar con el objeto preferido de tan original examinando. A Francisco Guerrero, Espinosa explicó así su imprevista y perentoria decisión: le humillaba, ante mí, que Paco terminara la carrera y él no. Paco se rió a modo por tan nimios celos, y el escritor le advirtió: “Mira Guerrero, para que me entiendas, te lo cantaré con letra de zarzuela”. Y cantando a grito pelado, por la más concurrida calle de Murcia (su oído y voz eran un desatino) le conminó así: “Yo la quiero de veras, es la pura verdad, no le digo yo a otro, anda y guárdatela”.